

TORTOSA, FINALES DEL SIGLO XIII. EL OCASO DE LOS TEMPLARIOS SE ACERCA.
PERO RENDIRSE NO ES UNA OPCIÓN CUANDO LA FE
GUÍA LA ESPADA Y EL HONOR LA SOSTIENE.

YO, TEMPLARIO



VERÓNICA MARTÍNEZ AMAT

istoría

YO, TEMPLARIO

VERÓNICA MARTÍNEZ AMAT

istoria

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Verónica Martínez Amat, 2025

© Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.992-2025

ISBN: 979-13-87714-04-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



Casa de los Monrós, Tortosa, año 1273

Tras el tupido cortinaje que separaba la estancia principal del pasillo que llevaba hacia las cocinas, tres pares de ojos escrutaban con interés la escena que se desarrollaba en su interior. La sala estaba ricamente decorada, con muebles de maderas nobles y recias talladas por los mejores artesanos de la comarca; gruesos tapices ornaban las paredes dando una sensación acogedora a todo aquel que penetraba en tan ilustre casa, evocando paisajes de arboledas frondosas y riachuelos cristalinos donde orgullosos venados vigilaban los alrededores o hechos ya antiguos donde aparecían caballeros a lomos de enjaezados caballos de guerra prestos para la batalla. Al fondo, una chimenea en la que podía caber un hombre de pie aportaba el calor necesario para esa época del año.

Frey Gallard de Josa aguardaba con impaciencia en el centro de la sala. Irritado quizás por la tardanza del señor de la casa, uno de sus pies golpeaba rítmicamente contra la piedra del suelo. Mientras tanto, los tres pares de ojos espiaban cada uno de sus imperceptibles movimientos tras el denso cortinaje, sin perder

de vista en ningún momento la puerta principal por donde tenía que aparecer el cabeza de familia.

—¿Quién es?

Un par de ojos más se había sumado a los que se ocultaban tras la tela. Los dueños de esos tres pares de ojos se volvieron sobresaltados.

—Chisss —chistó el más bajo de los muchachos—. ¿Acaso quieres que nos descubran?

—¿Estás ciego, Hug? Es un caballero templario. Mirad con qué gallardía porta su capa blanca. ¿Y qué me decís de su figura? Es absolutamente irresistible...

—Siempre con tus bobadas, Ermesinda, ¿en qué estás pensando? Es muy viejo para ti —indicó entre susurros Blai, el hermano mayor—. Además, los caballeros del Temple no se desposan, sirven a Dios.

—¿Y tú cómo lo sabes?

La muchacha parecía decepcionada.

—Pues porque padre me lo ha dicho. Él confía en mí, por algo soy su *pinogénito*...

—Primogénito, Blai; se dice primogénito.

—¡Cállate, Hug!

—Eso, ¡cállate!

El hermano más pequeño, Pere, secundaba en todo momento al más mayor. Todos en la casa sabían que lo idolatraba y que imitaba cada una de sus acciones y palabras.

Hug suspiró con pesar, siempre era lo mismo. Chocaba contra el muro que formaban sus tres hermanos una y otra vez. Siempre había sido así, desde que tenía uso de razón.

—¿Y tú qué haces aquí? En las cocinas deben echarte de menos. —El tono burlón de Blai, algo que conocía muy bien, se hizo presente en el comentario. Hug se dio cuenta de que no debería haber corregido a su hermano mayor, su orgullo no le permitía aceptar sus propios errores y sabía que no se lo iba a

perdonar. No se sorprendió cuando Blai siguió hablando—. O quizás no, porque he oído a la despensera quejarse de que el pan y el queso desaparecen cuando ella no mira y tú andas cerca. Dice, aunque no muy convencida, que son las ratas las que roban las viandas. Pero yo sé que es un ratón. Uno gordo y asustadizo.

Las risitas de Ermesinda y Pere no tardaron en dejarse oír. A Hug se le agolparon las lágrimas tras las pestañas. Lágrimas de rabia y frustración al saberse siempre objeto del mismo tipo de burlas por parte de sus propios hermanos con respecto a su inevitable corpulencia. Pero no iba a permitir que lo vieran llorar. Se lo había jurado a sí mismo hacía mucho tiempo y no iba a incumplir tal promesa.

Por fortuna, en esos momentos la puerta principal de la sala se abrió dando paso a la imponente figura de su padre. Sus hermanos enseguida guardaron silencio y se ocultaron más tras la cortina, olvidando así a Hug y su gordura. Éste respiró aliviado. Las chanzas crueles de sus hermanos podían eternizarse cuando no tenían otra distracción. Así que, con la voz bronca de su padre de fondo saludando al recién llegado, dio media vuelta para encaminarse a su refugio, allí donde más le gustaba estar para esconderse del mundo, de las burlas de sus hermanos y de las exigencias de su progenitor.

Cuando cerró tras de sí la puerta del despacho de su padre, sintió que su cuerpo se relajaba al instante. Bajó los párpados y aspiró el peculiar aroma que le daba la bienvenida, a madera añeja y legajos protegidos por tapas hechas de fina piel de ternero, a alfombras que silenciaban las pisadas y al calor de los leños que crepitaban en la chimenea. Aunque su progenitor apenas usaba aquella estancia, siempre más atareado en cuestiones relacionadas con las armas y los caballos, los sirvientes siempre se encargaban de que, en invierno, el cuarto estuviera caldeado y dispuesto para el uso a capricho del señor de la casa. Hug se en-

caminó hacia los volúmenes que descansaban en una estantería que ocupaba la longitud de una de las paredes. Se alzó de puntillas hasta alcanzar el libro que había dejado mediado el día anterior y se dirigió hacia el saliente de piedra bajo la ventana que, ornamentado con mullidos cojines, única pincelada femenina que le permitió su padre a su madre antes de que ésta muriera tras el parto de Pere, se convirtió en ese lugar especial donde Hug reposaba su trasero para deleitarse con la lectura.

No llevaba mucho tiempo inmerso en ensoñaciones cuando la puerta se abrió, dando paso a su padre seguido del caballero templario que el muchacho había visto mientras se escondía con sus hermanos tras el cortinaje de la sala principal. Acongojado, ya que sabía que se llevaría una reprimenda por haber entrado allí sin permiso, se encogió todo lo que pudo intentando pasar desapercibido como si de un mueble más se tratara, como si por encorvar su cuerpo fuera a esquivar la mirada incisiva de su padre que ya recorría la estancia comprobando que todo estuviera en perfecto orden para satisfacer al visitante y a su propia dignidad.

Hug vio por el rabillo del ojo que enseguida reparaba en él, y que el caballero, siguiendo la mirada de su anfitrión, también lo hacía.

—No os preocupéis por él, frey Gallard —oyó que decía su padre—, es mi hijo Hug, y siempre anda escondiéndose tras los libros en vez de dedicarse por entero a prepararse para ser un buen caballero y honrar su apellido sirviendo al rey en un futuro. Ésta debiera ser su obligación como segundo hijo de esta casa. Para mi vergüenza, en vez de la espada prefiere la pluma y no gusta de aplicarse en tareas que exijan algún esfuerzo físico, como ejercitarse con las monturas tal y como hacen sus hermanos.

Hug se encorvó todavía más al escuchar aquel reproche que, no por haberlo oído continuamente en los últimos tiempos, dolía menos.

—No todos están destinados a servir a Dios y al rey de la misma manera —escuchó responder al comendador templario de Tortosa; palabras que, en cierto sentido, aligeraron un poco su carga.

Su padre musitó algo entre dientes que no alcanzó a discernir, seguramente, dando por zanjado el tema para no discutir con aquel caballero de porte galante que era su invitado. Hug sabía que, en cuanto éste se marchara, la ira de su padre caería contra él en forma de palabras hirientes y dolorosas. Su padre y su hermano Blai compartían el mismo rasgo en su carácter: no admitían el error, y menos verse corregidos, por lo que, cuando no podían descargar esa frustración en el momento de ocurrir, siempre encontraban luego la manera de resarcirse de la afrenta.

No tardó mucho en producirse tal venganza.

—Hug, haz algo de provecho y escancia un poco de vino para frey Gallard y para mí.

El muchacho se ruborizó, humillado al verse tratado como un mero sirviente. Sin embargo, agachó la cabeza, dejó el libro en el asiento bajo la ventana y se dirigió con paso sumiso hacia la puerta para cumplir con el mandato. Sabía de la decepción de su padre, quien nunca se cansaba de proclamar su descontento ante las escasas capacidades guerreras de su segundo hijo. Siendo Hug poco más que un crío de teta, lo obligó a montar en un destrero de mal carácter ataviado con unas protecciones para el pecho que pesaban más que el propio niño. Lloró todo el rato, asustado por la posibilidad de que aquel animal testarudo lo lanzara al suelo. Enfadado, volvió a repetirlo cada día con la esperanza de que el muchacho se acostumbrara a la montura. Y Hug lo intentó con todas sus fuerzas, quería ver en la mirada de su padre el mismo orgullo que notaba cuando contemplaba los logros de su hermano mayor. Y el miedo pasó, pero no así las burlas que entreveía en todo aquel que observaba la escena, viendo los infructuosos esfuerzos de aquel niño rechoncho y desmañado

por manejar con soltura al animal. El primero de ellos, su hermano, que no poseía compasión fraternal y reía a mandíbula batiente cada vez que Hug equivocaba cualquier movimiento. Eso hizo que se encerrara más en sí mismo y que la inseguridad guiara todos sus pasos. Lo que se vio reflejado también en el manejo de las armas con las que intentaban adiestrarlo. En poco tiempo, su padre dejó de prestarle atención y fue su hermano menor, Pere, el que acabó acaparando el aprecio del hombre, al igual que el primogénito. Hug fue relegado del conciliábulo familiar y sujeto a la soledad dentro de los muros de su casa. Y por esa soledad comenzó a frecuentar las cocinas, donde las sirvientas siempre le dispensaban alguna palabra amable y le daban a probar los ricos manjares que allí se preparaban.

Cuando volvió al despacho, los hombres se encontraban enfrascados en una conversación que mantenía sus rostros en severa concordancia. Hug se dedicó a servirles el vino y una fuente con frutas y queso, con la mirada baja y el oído atento.

—Agradezco vuestro apoyo en la consecución de nuestro proyecto. Recoger las leyes que rijan el futuro de Tortosa y llegar a un acuerdo entre todas las partes es primordial. Sois un hombre al que el pueblo escucha, sois el paradigma de un gran señor y vuestras hazañas de armas se han visto con buenos ojos. Creo que si lográis convencer a algunos de los hombres importantes de la villa de que se avengan a negociar con nosotros, pues los comerciantes y los artesanos están siendo huesos duros de roer, tendremos a un paso el acuerdo que tanto esperamos: un libro¹

1. Se refiere al *Llibre de les Costums de Tortosa*, primer tratado jurídico escrito en catalán, que sigue el derecho justiniano, y que fue base de los fueros de Valencia. Su origen se remonta a la Carta de Población otorgada por el conde Ramón Berenguer IV a Tortosa en la que se reconocían las bases de una nueva administración menos feudal, con un cuerpo jurídico que regulaba los derechos de los ciudadanos de la propia ciudad y de su extenso territorio. Asimismo, el texto recoge los derechos de la mujer tortosina, algo impensable en la época en la que se redactó. *Les Costums* siguen teniendo vigencia en la actualidad en algunos casos judiciales concretos.

que recoja las leyes y costumbres por las que todo tortosino deba regirse y acogerse en caso de necesidad o de conflicto.

—No es tarea fácil la que habéis emprendido —afirmó Monrós.

—Lo sé, y por eso recurro a vos y a todo aquel que pueda apadrinar nuestra causa. Los ciudadanos reclaman un documento que regule los derechos por escrito que ya se les concedieron hace más de cien años con la Carta de Población otorgada a la ciudad por Ramón Berenguer IV, sobre todo en razones de justicia. Se han generado conflictos entre ellos y nosotros. Sé que muchos de mis hermanos quieren retener el poder que se nos dio sobre la parte correspondiente de la ciudad, compartido con los Moncada, y limitar la mano ciudadana en algunos asuntos, pero siendo consecuentes, y viendo el ambiente enrarecido que se respira en las calles de Tortosa, lo mejor sería que llegáramos a un acuerdo. ¿No lo creéis vos?

—Sin duda alguna.

—Hablad con los prohombres, os lo ruego, a vos os escucharán; los freires son cosa mía.

Monrós permaneció en silencio unos instantes, valorando las palabras del comendador. Hug, que permanecía absorto escuchando lo que allí se acababa de hablar, percibió que la cabeza de su padre bullía en cómo sacar beneficio del favor que le pedían. Nunca daba puntada sin hilo. Lo sabía por los años que llevaba observándolo desde el insignificante papel que se le otorgaba en aquella casa. Era ignorado por los demás, pero Hug siempre tenía el oído presto y la boca cerrada, virtud por la cual se había librado de ser el blanco de las jugarretas de sus hermanos, que no perdían ocasión en zaherirlo para su divertimento. Conocía los lugares donde ocultarse para no ser visto y tenía la capacidad de saber cuándo pasar desapercibido.

—Lo que me pedís entraña dificultades —habló Monrós una vez que hubo dejado de lado sus elucubraciones—, pero

estoy dispuesto a hacer el esfuerzo si se me recompensa de alguna manera. —Frey Gallard se envaró por la osadía ambiciosa de aquel hombre, no obstante, hizo un gesto con la mano invitando a su anfitrión a continuar—. El Temple posee dos piezas de tierra con viñas en Pimpí, y digamos que dichas tierras pueden ejercer cierto atractivo para mi casa. Si consideráis vender y el precio se ajusta a este vuestro amigo, mi interés por la causa que os ocupa crecería notablemente.

—Las tierras a las que os referís no valen menos de doscientos cuarenta maravedís.

—Cantidad considerable, sin duda. —El señor de Monrós mantenía una sonrisa amigable hacia su invitado, pero Hug sabía que detrás de sus labios, los colmillos se le iban afilando. Hubiera sido un gran mercader de no pertenecer a una noble familia—. Aunque estaréis de acuerdo conmigo en que mis esfuerzos para apoyaros bien merecen una rebaja en el precio. Quizás... un tercio.

—¿Un tercio...? ¿Hablamos de...?

El comendador tardaba en calcular la cifra y Hug, cautivado por lo que allí se decía, no pudo reprimir que su lengua fuera más rauda que su prudencia.

—Ochenta maravedís, señor.

La mirada que le dirigió su padre hizo que las piernas le temblaran. Había sido una falta de respeto poner en entredicho las capacidades con las cuentas del invitado. Se mordió los labios y agachó la cabeza, contrito. No vio así el aprecio por su correcta respuesta en los ojos del templario.

—¿Ochenta maravedís? Eso no es una rebaja, es un regalo —afirmó frey Gallard de Josa mirando con gesto franco a Monrós—. Esas tierras son muy productivas. No puedo considerar menos de 180 maravedís por ellas. Además, tengo que someterlo a votación del capítulo y los hermanos se opondrán a la pérdida de campos tan fructíferos. La uva que proporcionan

es dulce al paladar y las cosechas suelen ser abundantes. Es imposible.

—Está bien, está bien... —dijo Monrós con un gesto apaciguador de sus manos—. Quizás con parte de los frutos tengáis a bien considerar mi ofrecimiento. ¿Qué os parece si a los ochenta maravedís le sumamos un tercio de la cosecha? Así mi bolsa no se ve afectada y los hermanos pueden seguir disfrutando de las delicias de esa uva.

El comendador rumió su respuesta durante largos minutos. Hug observó que su padre ocultaba su impaciencia con una sonrisa que aparentaba conciliación dibujada en su rostro. Pero al muchacho no lo engañaba. Sus puños apretados denotaban que al señor de Monrós se le estaba agotando la poca paciencia de que disponía.

Por fin, frey Gallard hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien, mi señor, acepto el acuerdo. —Su tono de voz era un tanto resignado—. Sin embargo, quisiera hacer un añadido a vuestra propuesta.

—Os escucho.

—¿Habéis pensado que vuestro hijo sirva a Dios Nuestro Señor? —preguntó el comendador mirando directamente hacia Hug.

El señor de Monrós abrió los ojos, sorprendido.

—¿Os referís a que Hug sirva al Temple?

—En efecto.

—Creo haberos hablado de las escasas dotes militares que posee mi segundo hijo, frey Gallard, y vuestra congregación necesita de caballeros que, no sólo sirvan a Dios con su devoción, sino también con su espada.

—No todos los freires tienen las mismas aptitudes. Un espíritu cultivado también es apreciado en nuestra casa. Sería de gran ayuda para este pobre soldado de Cristo con el ingente trabajo que le espera en la redacción del libro que pondrá fin a los conflictos con los ciudadanos de Tortosa.

En ese momento fue Monrós el que anduvo varios minutos cavilando sobre una propuesta que no acababa de creer. Ora miraba al comendador, ora miraba a Hug, y este último asistía como invitado sin voz ni voto al devenir de su propio futuro, no sabiendo muy bien cómo sentirse.

Por fin, su padre carraspeó, aclarándose la voz para dictar sentencia.

—Sea —dijo, y así quedó sellado su porvenir con tan sólo once años.